

EL ESPECTADOR

FUNDADO EN MEDELLÍN EN 1887 POR FIDEL CANO

El Espectador trabajará en bien de la patria con criterio liberal y en bien de los principios liberales con criterio patriótico. Fidel Cano
Gerente Eduardo Garcés López Director Fidel Cano Correa

Consejo Editorial

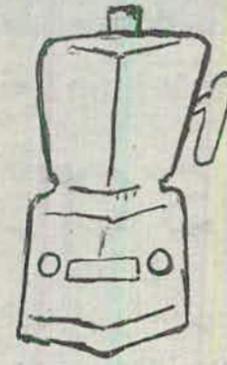
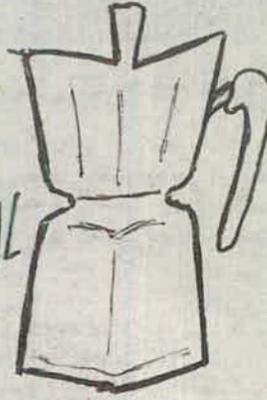
Presidente Gonzalo Córdoba Mallarino

Pilar Reyes, Héctor Abad Faciolince, Ramiro Bejarano, Armando Montenegro.

Editor General Jorge Cardona

Vicepresidente Comercial Caracol Unidad de Medios Mauricio Umaña Blanche

123
SITP
PROVISIONAL
GOVA



Opinión

Directores: Fidel Cano Gutiérrez: 1887 - 1919, Luis Cano: 1919 - 1949, Gabriel Cano: 1919 - 1923 (Medellín) y 1949 - 1958, Guillermo Cano: 1952 - 1986, Juan Guillermo y Fernando Cano: 1986 - 1997, Rodrigo Pardo: 1998 - 1999, Carlos Lleras de la Fuente: 1999 - 2002, Ricardo Santamaría: 2003, Fidel Cano Correa: 2004 fidelcano@elespectador.com

El Espectador. Editado por Comunican S.A. ©. Miembro: SIP, WAN, IPI y Andiaros
© Comunican S.A. 2016. Todos los derechos reservados.
ISSN 0122-2856. Año CXXIX. www.elespectador.com

Oh corrupción, oh caos

HABLAR DEL CÁNCER DE LA CORRUPCIÓN es ya un lugar común. Las graves denuncias y escándalos que se han generado en las últimas semanas en la región, y en Colombia, ratifican, no obstante, la necesidad de seguirlo discutiendo. La respuesta apropiada debería ser la pronta investigación y sanción a los responsables. He aquí el dilema.

La gravedad dentro del llamado escándalo Odebrecht es la forma en que una firma constructora logró instalar todo un andamiaje para permear y corromper a cerca de diez países de América Latina. Tanto así que existen mapas interactivos en los cuales basta con ingresar al país de interés y acceder a las acusaciones formuladas, a las investigaciones en curso o a las sanciones a las que se han hecho acreedores sus implicados. Algunos de ellos presidentes en ejercicio, o expresidentes, que deberán responder ante la justicia.

La red de corrupción, en este caso, sobrepasó todos los estándares conocidos. Con un trabajo de filigrana, la empresa brasileña terminó cooptando personas del sector privado y a políticos y funcionarios que recibieron millones de dólares en coimas para que se le adjudicaran jugosos contratos de infraestructura. En el caso de Colombia, como lo mencionamos en este espacio unos días atrás, las dos campañas políticas que defi-

nieron la última elección presidencial aparecen directamente implicadas. Sin entrar a determinar responsabilidades colectivas o individuales, lo cierto es que, una vez más, hay un país asqueado de ver cómo la corrupción acaba con todo.

Con dar una mirada al vecindario, se aprecia mejor la dimensión de la crisis actual. En Brasil, tanto Michel Temer, actual presidente, como Lula da Silva, Dilma Rousseff y más de la mitad del Congreso se han visto implicados o sacudidos. Allí comenzó el escándalo y, gracias a que el mismo terminó en manos de la justicia de Estados Unidos, se ha podido conocer su magnitud. Marcelo Odebrecht, cabeza del emporio, purga una condena de 19 años. El caso más sonado ha sido el de Perú, donde las autoridades han ofrecido recompensa internacional para capturar al expresidente Alejandro Toledo, acusado de recibir US\$20 millones. El tema no termina ahí, pues su antecesor, Alan García, y su sucesor, Ollanta Humala, y su esposa, Nadine Heredia, junto con el expresidente panameño Ricardo Marti-

“Una vez abierta la caja de Pandora de la corrupción, el ambiente en la región es de hastío y cansancio contra la clase política tradicional”.

nelli y el salvadoreño Mauricio Funes, también están señalados de beneficiarse de sobornos. Todo lo anterior sin mencionar a Venezuela, donde la empresa brasileña mantuvo la mejor relación con el gobierno chavista.

Denominado, con razón, “la mayor red de sobornos extranjeros de la historia”, debería motivar un movimiento ciudadano de tolerancia cero contra este tipo de conductas. Exigir el fortalecimiento de los mecanismos de control, garantizar una pronta y efectiva justicia, así como el aumento de penas a los corruptos, incluyendo la muerte política para aquellos que terminen involucrados. La semana anterior Rumania vivió multitudinarias protestas callejeras cuando los ciudadanos, hartos de ver cómo este mal corroía a la clase política, decidieron oponerse a nuevas leyes que disminuían las sanciones a quienes se vieran involucrados en dicho delito.

De momento, una vez abierta la caja de Pandora, el ambiente en la región es de hastío y cansancio contra la clase política tradicional. De ahí que, para que no paguen justos por pecadores, sea necesario exigir, una vez más, la pronta actuación de la justicia con claridad para enjuiciar a los responsables y aplicarles las máximas penas. La paciencia de la ciudadanía tiene un límite. ¿Está en desacuerdo con este editorial? Envíe su antieditorial de 500 palabras a yosoyespectador@gmail.com.

Corrupción y clientelismo

SALOMÓN KALMANOVITZ



LA CORRUPCIÓN NO ES SÓLO UN problema de malandros. Se trata de todo un sistema político clientelista basado en intercambios de votos por dinero y apoyos electorales por contratos. Los incentivos en su interior premian el crimen y castigan la probidad, promueven a los oportunistas y hunden a los buenos. Uno de las condiciones de la corrupción es que la justicia misma sea corrupta, desgreñada e ineficiente. Los corruptos saben que aún si son descubiertas sus fechorías no serán castigados, pues los jueces también se prestan a intercambios de nóminas y posiciones para mantenerse o ascender en la cúpula de la Justicia.

La corrupción siempre ha existido en Colombia, aunque quizá fue menos evidente en el pasado, cuando las posiciones políticas se llenaban con los bolígrafos de los jefes de los dos partidos tradicionales y el presidente asignaba Gobernaciones y éstas Alcaldías. Con la descentralización, la atomización de los partidos y la mayor

competencia electoral, los intercambios se han vuelto más complejos y el financiamiento de las campañas crucial, donde entran a decidir los contratistas. Aunque todavía subsisten confrontaciones ideológicas entre partidos, juega más el propio control de la contratación que los enfrentamientos entre centro y derecha. Cuando la izquierda ha ganado elecciones ha seguido las pautas del clientelismo y de la corrupción que la caracteriza.

La corrupción comenzó a desbordarse con el auge del narcotráfico y su influencia en la política. No hay que olvidar la fama y poder que alcanzó Pablo Escobar a nivel local y nacional ni la que logró alcanzar el cartel de Cali. El financiamiento de los grupos paramilitares por los narcos les dio participación en el gasto público local, regional y nacional. El control militar por los violentos fue acompañado por su influencia en las elecciones y dio lugar a alianzas con los políticos que se ufanan de su legalidad. Es por eso que Cambio Radical entrega avals a los parapáticos de muchas regiones del país y no muestra escrúpulo alguno de que varios de ellos hayan sido condenados por asesinatos y otros delitos contra el interés público.

La metástasis de la corrupción es reciente: se incubó con la reelección presidencial

que exhibió intercambios inescrupulosos para beneficiar al incumbente en el 2005 y permitió ocultar la apropiación de recursos públicos por funcionarios que contaban con largos períodos para consolidar sus redes de poder. No es fortuito que durante las dos administraciones Uribe la adjudicación de obras públicas se hiciera a dedo (lo que se repite hoy a nivel local y regional), que los proponentes fueran financiados generosamente por el Estado, que pudieran hacer interminables adiciones a los contratos y que ni siquiera culminaran las obras. Conductas cuestionables se hicieron manifiestas en las altas cortes, sobre todo en la Procuraduría, que habían resistido las incursiones de los corruptos, pero que por la intervención del Congreso son menos rigurosas en la selección de sus integrantes.

El mismo principio de adicionar sin fin se aplicó a la contratación que permitió los enormes robos a Reficar de cuya mesa se sirvieron todos. Tampoco debe sorprender que durante los dos períodos de Santos se replicaran algunas de esas conductas, aunque se intentó reintroducir la licitación pública de obras públicas que no impidió que Odebrecht tuviera continuidad en ellas. Se trata de una estructura muy difícil de cambiar.

Nieves



c. LaSo